

Dominique Maingueneau - Université Paris XII, Francia

Traducción realizada por Laura Miñones (UBA).

Las teorías de la enunciación lingüística otorgan un lugar central al carácter reflexivo<sup>[1]</sup> de la actividad discursiva, y especialmente, a las ‘coordenadas’ que componen cada acto de enunciación: coordenadas personales, espaciales y temporales, sobre las que se apoya la referencia de naturaleza deíctica. Por su parte, la semántica, fuertemente influenciada por las corrientes pragmáticas, enfatiza el rol del contexto en el proceso interpretativo y la dependencia contextual radical del sentido. Por último, con la aparición de disciplinas que se encargan del “discurso”- especialmente el análisis del discurso o el análisis conversacional- una gran cantidad de investigadores de las ciencias del lenguaje centran su atención en la problemática de los géneros discursivos, es decir en las instituciones de habla<sup>[2]</sup> a través de las cuales se produce la articulación de los textos y de las situaciones en las que estos surgen. Las tres perspectivas mencionadas - la perspectiva de las teorías de la enunciación, la de la semántica y la de las disciplinas del discurso- suelen ‘interferir’ unas con otras y resulta comprensible que nociones como “situación de enunciación”, “situación de comunicación” y “contexto” tiendan a mezclarse de una manera que puede resultar a menudo bastante desordenada.

Se produce así que muchos asimilan lisa y llanamente, sin mayores consideraciones teóricas, “situación de enunciación” y “situación de comunicación”: en esta asimilación, la situación de enunciación se confunde con el contexto empírico en el que el texto se produce. Esta confusión aparece no sólo en la enseñanza universitaria sino también –cosa que resulta mucho más sorprendente- en algunos trabajos de investigación. Suele suceder por ejemplo que algunos analicen la “situación de enunciación” de una reunión política cualquiera como el contexto en el que se ponen en relación un determinado candidato y un cierto conjunto de votantes, en un determinado lugar y en un determinado momento de la campaña electoral.

En el trabajo que aquí presento querría solamente contribuir a esclarecer esta situación confusa, distinguiendo los diferentes niveles en los que operan las nociones de “situación de enunciación”, “situación de comunicación”. Lo que propongo aquí entonces es ante todo un trabajo de esclarecimiento terminológico.

## 1- El nivel del enunciado

### 1.1 La situación de enunciación

La noción de enunciación se presta a malos entendidos en la medida en la que estamos tentados de interpretar esta “situación” como el espacio físico o social en el que se encuentran los interlocutores. En realidad, en la teoría lingüística de A. Culioli<sup>[3]</sup>, quien concibió su propuesta durante los años ‘60 siguiendo el trabajo de E. Benveniste<sup>[4]</sup>, la situación de enunciación está constituida por un sistema de coordenadas abstractas, puramente lingüísticas, que hacen que todo enunciado sea posible por el hecho de reflejar su propia actividad enunciativa. Encontramos en esta propuesta el postulado, compartido por las teorías de la enunciación y por las corrientes pragmáticas, según el cual el carácter reflexivo del lenguaje es una de sus propiedades esenciales. Desde esta perspectiva, la situación de enunciación no es una situación de enunciación socialmente descriptible, sino el sistema en el que se definen las tres posiciones fundamentales de enunciador, de co-enunciador y de no persona.

- La posición de enunciador<sup>[5]</sup> es el origen de las coordenadas enunciativas, el anclaje de la referencia pero también el anclaje de la modalización del enunciado. En diversas lenguas, pronombres autónomos del tipo ‘YO’ (en español), ‘I’ (en inglés), JE (en francés) son marcadores de esta posición de enunciador.
- Entre el enunciador y el co-enunciador (cuyo marcador es en francés el pronombre TU, y en español los pronombres tú y vos) existe una relación de “diferencia”, de alteridad. En efecto, estos dos polos de la enunciación están simultáneamente en relación de solidaridad y de oposición en un mismo plano. El término “co-enunciador” no carece sin embargo de peligro en la medida en que podría llegar a favorecer que se interprete, de manera errónea, como señalando una simetría entre ambas posiciones.
- La posición de no-persona, término que proviene de Benveniste, es la que corresponde a la de las entidades que se presentan como no susceptibles de asumir un enunciado, de hacerse cargo de un acto de enunciación. Entre esta posición y las de enunciador y co-enunciador, la relación es de “ruptura”: la no-persona no se encuentra en

un mismo plano. Es por esta razón que Benveniste prefirió hablar de “no-persona” antes que de “tercera persona” tal como lo hacía la tradición gramatical. Siguiendo la línea de trabajo de Benveniste, se han analizado con frecuencia las divergencias lingüísticas existentes entre el enunciador y el co-enunciador por un lado y la no-persona por el otro. Una de las asimetrías más interesantes es la imposibilidad de sustituir anafóricamente los marcadores de las posiciones de enunciador y de co-enunciador: no se puede evitar la repetición de “yo” o la de “vos” (“sí yo ya sé que yo llegué tarde pero yo no tuve la culpa”) mientras que la no-persona dispone de una amplia variedad de procedimientos anafóricos tanto léxicos como pronominales.

Estas tres posiciones permiten lo que Benveniste llama personas ‘ampliadas’ o ‘extendidas’ (en francés “nous” y “vous”, en español “nosotros” y “ustedes” o “vosotros”) que corresponden respectivamente a las posiciones de “enunciador” y “co-enunciador”. La categoría de “plural”, comprendida como adición de unidades discretas, no resulta pertinente para el análisis de estas formas: en efecto, la forma “nosotros” no se corresponde con la adición de varios ‘yo’ sino con un ‘yo’ que se asocia (con) otros sujetos y que puede incluso referir a un solo sujeto (Cfr. el “nosotros mayestático” o el “nosotros de autor”).

Este sistema de coordenadas personales de la situación de enunciación, como es sabido, es la base para la identificación de los deícticos espacio-temporales, cuya referencia se construye respecto del acto de enunciación: la forma ahora marca la coincidencia entre el momento y la enunciación dentro de la cual figura; ahí señala un lugar cercano a los participantes de la enunciación; etc. Este mismo sistema permite también distinguir entre dos tipos, dos niveles de enunciación: por un lado, los enunciados “con anclaje” en y fuertemente dependientes de la situación de enunciación (el “discurso” en términos de Benveniste) y, por otro lado, los enunciados “sin anclaje” que están en situación de ruptura respecto de esta situación de enunciación (la “historia”, en términos de Benveniste, pero como una categoría posteriormente ampliada y que incluye enunciados no narrativos).

He presentado hasta aquí un conjunto de conceptos que son ampliamente conocidos por aquellos que están familiarizados con las teorías de la enunciación lingüística.

## 1.2 La situación de locución

Hemos visto que la “situación de enunciación” constituye un sistema de posiciones abstractas sobre las que reposa la actividad enunciativa, posiciones de las que los enunciados llevan marcas múltiples, especialmente elementos deícticos. Pero estas posiciones –los gramáticos y los estudiosos de la retórica lo han observado ya desde hace tiempo- no coinciden necesariamente con los lugares ocupados en el intercambio verbal, con las “personas” en el sentido de roles de locución. Para decir las cosas de un modo simple, el hecho de haber identificado un yo en un enunciado no nos permite decir que su referente juega necesariamente, en el intercambio verbal, el rol de locutor, como tampoco podemos afirmar que, porque hemos identificado un vos, su referente cumple necesariamente el papel de alocutario.

Nos vemos así obligados a distinguir las tres posiciones de la situación de enunciación y los tres lugares de lo que podemos llamar la situación de locución. Los dos primeros lugares de esta situación son los lugares de los interlocutores, el locutor y el alocutario: o el lugar del locutor, de aquel que habla; o el lugar del alocutario, de aquel a quien se le dirige la palabra; o a estos dos primeros lugares debemos agregar un tercero, el de lo delocutivo, el lugar de aquello de lo que hablan los interlocutores.

Evidentemente las posiciones en la “situación de enunciación” y los lugares de la “situación de locución” tienden a ser armónicas, a corresponderse uno a uno: en general, ‘yo’ designa por lo tanto al locutor, mientras que un pronombre de la no persona como ‘él’ designa un elemento del orden de lo delocutivo. Pero los gramáticos señalan constantemente en sus análisis de los significados de las formas pronominales que estas coincidencias distan de ser absolutas. Veamos algunos ejemplos de esta no-coincidencia de la que hablamos:

§ (1) “Yo ya dormí mucho, ahora me voy a quedar a upa de mamá.” (Enunciado de una madre que se dirige a su bebé; uso llamado “hipocorístico”);

§ (2) “¿Y si me dejara de meter en lo que no me importa?”(Enunciado emitido por un interlocutor para negarle a otro el derecho de hacer un comentario respecto de una situación que no le concierne y sobre la que quiere opinar)

§ (3) “¿Qué tal si nos vamos a dar una vuelta por el pasillo?” (Enunciado emitido por una enfermera para sugerirle a un enfermo que haga un poco de ejercicio)

§ (4) “¿Qué desea la señora?” (Enunciado emitido por un vendedor con el fin de preguntarle a una clienta lo que desea comprar)

La interpretación de estos enunciados se construye precisamente teniendo en cuenta la tensión entre la posición enunciativa, tal y como es señalada por los marcadores de persona, y el lugar ocupado en la situación de locución; en el caso los ejemplos mencionados, se trataría de la tensión entre los marcadores de persona subrayados en cada ejemplo y el lugar del alocutario. En el caso de (2) “¿Y si me dejara de meter en lo que no me importa?”, por ejemplo, estamos frente a un enunciado que implica la ausencia de réplica: el lugar que es normalmente el del alocutario está en este enunciado ocupado por el locutor (que dice “me”) y se produce así una supresión unilateral de la alteridad de los dos lugares. Por el contrario, el empleo hipocóristico del ejemplo (1) puede explicarse por el hecho de que el alocutario (un bebé) se encuentra, por su naturaleza, en la incapacidad de responder: como no se trata aun de sujeto hablante y como la enunciación está destinada a no tener respuesta, el locutor suprime la alteridad existente entre los dos lugares.

No debe confundirse este tipo de fenómeno con el de los “tropos de comunicación” (Kerbrat-Orecchioni, 1986) que se sitúan en otro nivel. En el caso de un tropo de comunicación, se produce una inversión de la jerarquía de los destinatarios, es decir que se produce un defasaje entre el destinatario aparente y el destinatario real. En los medios masivos de comunicación este defasaje es constante: muchas veces es el público ‘invisible’ de la radio o de la televisión el verdadero destinatario de ciertos enunciados.[\[6\]](#)

## 2. Situación de comunicación y escena de enunciación

Hasta aquí hemos considerado diversos casos de enunciados aislados, es decir y para expresarlo de un modo rápido, casos de oraciones simples descontextualizadas. Pero no es necesario ser lingüista para ver que en realidad esos enunciados elementales no son las únicas unidades para las cuales las nociones de “situación de comunicación” y “situación de enunciación” resultan desde un cierto punto de vista pertinentes. En efecto, los enunciados elementales son a su vez constituyentes de textos, de unidades transoracionales que pertenecen al orden de los géneros de discurso, de los dispositivos de comunicación verbal definidos socio-históricamente.

Para los textos nos parece preferible hablar de “situación de comunicación” más que de “situación de enunciación”. En realidad cuatro términos compiten para describir teóricamente los fenómenos que nos interesan: contexto, situación de discurso, situación de comunicación y escena de enunciación.

La noción de “contexto” es intuitiva y ‘cómoda’; abarca tanto el contexto lingüístico –llamado frecuentemente “cotexto” para evitar la ambigüedad- como las condiciones físicas de la enunciación y los saberes compartidos por los participantes de la interacción verbal. Esta noción de “contexto” tiene además un rol esencial en las teorías semánticas de inspiración pragmática, actualmente dominante, las cuales suponen que el alocutario construye la interpretación de un enunciado elemental o de un texto a través de las instrucciones que pueden extraerse de los diversos componentes del contexto. Pero se debe reconocer que es difícil que una noción tan polivalente como la de “contexto” pueda aplicarse de manera restrictiva.

Cuando se abordan las producciones verbales desde la perspectiva del estudio de los textos, las nociones de situación de comunicación y de escena de enunciación resultan más cómodas y operativas. Voy a emplearlas aquí de una manera poco habitual diciendo que permiten aprehender desde dos abordajes complementarios la situación de discurso asociada a un texto.

### 2.1. La situación de comunicación

Al hablar de situación de comunicación, se está considerando, en cierto modo, "desde el exterior", desde un punto de vista sociológico, la situación de discurso a la que el texto está indisolublemente ligada. Durante los años 1960 y 1970 varios modelos han sido propuestos desde el célebre acrónimo SPEAKING de Dell Hymes (1972) para describir

la situación de comunicación. En general estos modelos postulan un conjunto de parámetros. Una situación de comunicación implica:

- Una finalidad: todo género discursivo apunta a realizar un cierto tipo de modificación de la situación de la cual forma parte. El establecimiento correcto de la finalidad es indispensable para que el destinatario pueda tener un comportamiento acorde con el género discursivo en cuestión.
- Estatus de los participantes: la palabra en un género discursivo no pasa de un participante a otro de manera aleatoria y 'libre', sino que pasa de un individuo que ocupa un cierto estatus a otro individuo que también tiene un estatus. Un curso en la universidad debe ser dictado por un profesor que debe poseer ciertos saberes y estar debidamente legitimado por la institución. Al mismo tiempo, el curso debe estar dirigido a un público de estudiantes que no poseen el mismo saber que el profesor. Una transacción comercial pone en relación un comprador y un vendedor, etc. A cada uno de estos estatus se les atribuyen derechos y deberes al igual que un conjunto de saberes: resulta lógico suponer que el lector de una revista científica de medicina no tiene el mismo conjunto de saberes que el público general al cual se dirige un programa de televisión que trata alguna cuestión de medicina.
- Circunstancias apropiadas: todo género discursivo implica un cierto lugar y circunstancias apropiadas para lograr su objetivo. No se trata de restricciones "exteriores" sino de algo constitutivo. En realidad las nociones de "momento" o de "lugar" requeridos por un género discursivo tienen un alcance diferente según los géneros discursivos: un texto escrito, por ejemplo, presenta problemas completamente distintos a los que presenta un texto oral que se relacione con un ámbito institucional altamente controlado.
- Un modo de inscripción en la dimensión temporal: esta inscripción puede realizarse según diferentes ejes.
  - § (1) La periodicidad: una clase, una misa, un noticiero emitido por televisión se producen a intervalos regulares; el discurso de un presidente o un panfleto, por el contrario, no están sometidos a la misma dimensión de periodicidad.
  - § (2) La duración: la competencia de género discursivo que poseen los locutores de una comunidad lingüística señala de un modo aproximativo cuál es la duración apropiada de (la puesta en acto de) un género discursivo. Ciertos géneros implican incluso la posibilidad de duraciones variadas. Así, por ejemplo, un diario distingue al menos dos duraciones de lectura para sus artículos: la simple identificación de los títulos y subtítulos, que se presentan 'aislados' de la totalidad del artículo por su tipografía, seguida eventualmente de la lectura completa (de algunos de) los artículos.
  - § (3) Una continuidad: una historia cómica debe ser contada integralmente, sin interrupciones mientras que una novela se presenta como algo que puede ser leído en una cantidad indeterminada de sesiones de lectura.
  - § (4) Una caducidad: una publicación semanal se concibe como válida por ese período de tiempo y un diario 'tiene vida' durante el espacio de 24 horas. Un texto religioso fundacional (la Biblia o el Corán), en cambio, se presenta como eternamente legible.
- Un medio: abordamos aquí la dimensión 'mediológica', dimensión que goza actualmente de gran importancia. Lo que llamamos "texto" no es un 'contenido' que se transmitiría a través de un medio o de otro; un texto está constituido por ese contenido en relación indisoluble con su modo de existencia material: se trata de un soporte, de un medio de traspaso y de acumulación y por ende de memorización. Un texto puede circular a través de ondas sonoras exclusivamente (en la interacción oral inmediata), ondas que pueden ser procesadas y restituidas luego por un decodificador (radio, teléfono, etc.); puede ser también un manuscrito, constituir un libro; puede ser un ejemplar único de impresión individual y personal; puede permanecer en la memoria de una computadora, en un disquete, etc. Un cambio de soporte material modifica radicalmente un género discursivo: un debate político televisado resulta sustancialmente diferente de un debate político que se realiza en un comité y que contempla como público únicamente al que se encuentra presente en la sala.
- Un plan de texto: un género discursivo suele estar asociado a una cierta organización, objeto de estudio privilegiado de la lingüística textual. Dominar un género discursivo implica tener un conocimiento relativamente preciso del modo en el que se encadenan sus constituyentes en diversos niveles. Estos 'modos de organización' pueden ser objeto de enseñanza-aprendizaje (la monografía; la reseña de lectura; el resumen; etc.); la organización de otros géneros —en realidad la de la mayoría de ellos— parece adquirirse por frecuentación. Además de los géneros monologales que cuentan con un plan de texto rígido tales como la disertación o los escritos legales, existen otros géneros, del orden de lo conversacional, que se ajustan a un 'libreto', altamente flexible por cierto, y que son 'co-gestionados' por los participantes del intercambio.
- Un cierto uso de la lengua: todo locutor, a priori, se encuentra frente a un vasto repertorio de variedades lingüísticas: diversidad de las lenguas, diversidad dentro de una misma lengua: niveles de lengua, variedades geográficas (patois, dialectos), sociales (usos propios a diversas clases o categorías sociales) profesionales (discurso jurídico, administrativo, científico, periodístico, etc.). A cada género discursivo se le asocian, de un

modo también 'apriorístico', ciertas normas. Debe señalarse no obstante el hecho de que existen algunos tipos de discurso cuyos géneros no imponen a priori un uso lingüístico: tal es el caso de la mayor parte de los géneros literarios contemporáneos.

## 2.2 La escena de enunciación

Aprehender una situación de discurso es considerarla también desde "el interior", a través de la situación que la palabra pretende definir, del marco del que la palabra misma hace ostensión en el movimiento mismo en el que ella se despliega. Un texto es en efecto la huella de un discurso en el que la palabra es puesta en escena.

Esta noción de escena de enunciación, cuyo interés vengo señalando en mis trabajos desde hace algunos años (Maingueneau, 1993; 1998), no es simple. Para comprenderla en toda su dimensión, conviene distinguir dentro de este concepto, tres escenas que juegan en planos complementarios: la escena englobante; la escena genérica y la escenografía.

### 2.2.1 Escena englobante y escena genérica

La escena englobante es aquella que se corresponde con el tipo de discurso. Cuando se recibe un panfleto en la calle, se debe ser capaz de determinar si ese panfleto se relaciona con el discurso religioso, político, publicitario, etc., en otras palabras, se debe poder establecer la escena englobante en la que hay que ubicarse para interpretar lo recibido, para determinar de qué modo el lector es interpelado por ese panfleto. Una enunciación política por ejemplo implica "un ciudadano" que se dirige a "ciudadanos". Esta puede ser quizás una caracterización muy pobre pero que no resulta intrascendente: define el estatus de los participantes en un cierto espacio pragmático. Decir que la escena de enunciación de un enunciado político es la escena englobante política, que la de un enunciado filosófico es la escena englobante filosófica, y así en un número muy amplio de casos, no alcanza para especificar las actividades verbales, ya que nunca nos encontramos con lo político o con lo filosófico de manera no específica, sino que nos encontramos con géneros discursivos particulares: en el caso del discurso político, por ejemplo, podemos tener el discurso de un jefe de estado, un panfleto, un diario propio a un partido político, etc. Estos géneros se analizan de acuerdo según diversos componentes (cfr. ¶2.1): en este caso podemos hablar de escena genérica. Estas dos escenas, la "englobante" y la "genérica", definen lo que podríamos llamar el marco escénico del texto, dentro del cual el texto se manifiesta como pragmáticamente adecuado.

### 2.2.2 La escenografía

No es el marco escénico aquello con lo que se relaciona directamente el alocutario sino que lo hace con una escenografía. Tomemos el ejemplo de un manual de iniciación a la informática que, en lugar de apelar a los recursos tradicionales del género 'manual', se presentara como una novela de aventuras en la que un héroe partiría al descubrimiento de un mundo desconocido y se enfrentaría con distintos adversarios. En este caso, la escena dentro de la cual el lector se ve ubicado es una escena narrativa construida por el texto, una "escenografía" que tiene como efecto 'desplazar' el marco escénico a un segundo plano; el lector se encuentra así atrapado en una especie de 'trampa', puesto que recibe el texto, en primer lugar, como una novela de aventuras y no como un manual. Para un gran número de géneros discursivos, en particular aquellos que se encuentran en la situación de competir por captar público, tomar la palabra representa, en diversos niveles, tomar riesgos. Esto se hace particularmente evidente cuando consideramos textos publicitarios o políticos que, frente a la necesidad de captar la adhesión de un público en principio reticente o indiferente, recurren frecuentemente a la elaboración de escenografías.

La escenografía no es un simple marco o decorado. No se trata de que el discurso surja en el interior de un espacio ya construido -e independiente de ese mismo discurso- sino de que la enunciación, en su devenir, se esfuerza por poner progresivamente en funcionamiento su propio dispositivo de habla [7]. EL discurso, en su mismo desarrollo, busca convencer instituyendo la escena de enunciación que lo legitima. En nuestro ejemplo del manual de informática, la escenografía de la novela de aventuras 'se impone' como regla del juego desde el inicio de la recepción; pero, al mismo tiempo, es a través de la enunciación misma que este relato puede legitimar la escenografía impuesta, haciendo que el lector acepte el rol que se le quiere asignar en esta escenografía, es decir el rol de un lector de novela de aventuras.

De este modo, podemos decir que la escenografía implica un proceso circular. En el momento en el que acontece, la enunciación del texto (pre)supone una cierta escena, escena que, en realidad, se convalida progresivamente a través

de la enunciación misma. La escenografía resulta así, simultáneamente, aquello de donde el discurso proviene y aquello que el mismo discurso genera. La escenografía legitima un enunciado, un enunciado que, a su vez, debe legitimarla y establecer que esa escenografía de donde las palabras provienen es justamente la escenografía requerida para enunciar de modo adecuado, según sea el caso, la política, la filosofía, la ciencia, la promoción de un cierto producto, etc. A medida que el texto avanza, el lector debe convencerse cada vez más de que es la novela de aventuras el formato que constituye la mejor vía de acceso a la informática; debe convencerse de que esta última debe ser aprehendida como un mundo desconocido, maravilloso y apasionante que merece ser descubierto. Todo lo que el texto enuncia permite convalidar la escena misma a través de la cual esos contenidos surgen.

Existen, sin embargo, numerosos géneros discursivos sin escenografía, géneros cuyas escenas enunciativas son, en cierto modo, fijas: la guía telefónica o los informes de peritaje, por ejemplo, suelen ajustarse en general de un modo estricto a las rutinas de sus escenas genéricas. Otros géneros discursivos, en cambio, son más susceptibles de poner en juego escenografías que se alejan de los modelos preestablecidos. Así, en el ejemplo que ya hemos citado del manual de informática diseñado a la manera de una novela de aventuras, los autores, en lugar de ajustarse a la escena genérica habitual de tipo didáctico, recurren a una escenografía original, más seductora. De acuerdo con lo que hemos afirmado, se pueden distribuir entonces los géneros discursivos según una escala que tendría dos polos extremos:

- En un extremo, encontramos los géneros -no demasiado numerosos- que se ajustan a su escena genérica y que no son susceptibles de permitir escenografías variadas (cfr. las recetas médicas; las guías telefónicas; etc.).
- En el otro extremo de la escala, encontramos los géneros que exigen por definición la elección de una escenografía: es el caso, por ejemplo, de los géneros publicitarios. Algunas publicidades presentan así escenografías de conversación; otras, escenografías de discurso científico; etc. Dentro de este grupo encontramos también textos que pertenecen al tipo de discurso filosófico o literario: existe una gran variedad de escenografías que permiten instituirse como narrador de una novela y construir a partir de allí la figura del lector. El discurso político resulta igualmente apto para la diversidad de escenografías: un cierto candidato podrá hablar a sus (posibles) electores desde un rol de obrero, desde un rol de tecnócrata, desde el lugar de un hombre de experiencia, desde el lugar de un joven ejecutivo, etc., y determinará, desde el rol en cuestión, los (posibles) roles del auditorio.

Entre estos dos extremos se ubican los géneros que son susceptibles de escenografías variadas pero que generalmente se ajustan a su escena genérica rutinaria. Tal es el caso, por ejemplo, de los manuales.

La variación escenográfica está indisolublemente ligada a la finalidad de cada género. La guía telefónica, que no despliega una escenografía, es un género puramente utilitario. Por el contrario, el discurso publicitario o el político movilizan escenografías variadas en la medida en que, para persuadir a su destinatario, deben seducirlo, cautivarlo.

### 2.3 Un ejemplo

Podemos ilustrar y ver en funcionamiento los tres niveles de la escena de enunciación que hemos definido en la plataforma electoral de François Mitterrand quien en 1988 se presentó a las elecciones nacionales con el objetivo de obtener un segundo mandato. Esta plataforma fue presentada bajo la forma de una carta-“Carta a todos los franceses” [“Lettre à tous les Français”]- que fue publicada en la prensa y enviada a través del correo postal a un cierto número de electores. El contenido político de este texto es inseparable de la puesta en escena, de esta escenografía de correspondencia privada: el entonces Presidente se esfuerza con esta modalidad por hacer campaña en tanto individuo, por encima de los partidos; se esfuerza por hacer campaña como padre de familia y no como hombre de un partido:

“Mis queridos compatriotas:

Ustedes lo comprenderán. Deseo, a través de esta carta, hablarles de Francia. Le debo a la confianza que han depositado en mí el ejercer, desde hace siete años, el cargo más alto de la República. Al término de este mandato, no habría concebido nunca el proyecto de presentarme nuevamente ante sus votos si no hubiera tenido la convicción de que teníamos aún mucho por hacer juntos para asegurarle a nuestro país el rol que se espera de él en todo el mundo y para velar por la unidad de la Nación.

Pero quiero también hablarles de ustedes, de sus preocupaciones y de sus justos intereses. Elegí este medio, escribirles, para poder expresarme sobre todos los grandes temas que valen la pena y

deben ser tratados entre Franceses, para realizar una especie de reflexión conjunta, tal como sucede cada noche, alrededor de la mesa, en familia (...)"

[« Mes chers compatriotes,

Vous le comprendrez. Je souhaite, par cette lettre, vous parler de la France. Je dois à votre confiance d'exercer depuis sept ans la plus haute charge de la République. Au terme de ce mandat, je n'aurais pas conçu le projet de me présenter de nouveau à vos suffrages si je n'avais eu la conviction que nous avons encore beaucoup à faire ensemble pour assurer à notre pays le rôle qu'on attend de lui dans le monde et pour veiller à l'unité de la Nation.

Mais je veux aussi vous parler de vous, de vos soucis, de vos espoirs et de vos justes intérêts. J'ai choisi ce moyen, vous écrire, afin de m'exprimer sur tous les grands sujets qui valent d'être traités et discutés entre Français, sorte de réflexion en commun, comme il arrive le soir, autour de la table, en famille (...).]».]

La escena englobante es en este caso la escena del discurso político. La escena genérica es la de la plataforma electoral. La escenografía de correspondencia privada elegida pone en contacto a dos individuos que mantienen una relación personal, casi familiar. La construcción de esta escenografía llega a evocar en el tercer párrafo las condiciones de otra escena de habla: "una especie de reflexión conjunta, tal como sucede cada noche, alrededor de la mesa, en familia (...)". Con esta invocación, el lector no solo es interpelado como lector de correspondencia sino que debe participar, a través de la imaginación, en una conversación que se produce en la mesa familiar, conversación en la que el Presidente atribuye –implícitamente– a su figura el rol del padre y a los electores el rol de los hijos. Este ejemplo ilustra un procedimiento muy frecuente: una escenografía se apoya sobre otras escenas de habla que podemos considerar como 'convalidadas', instaladas en la memoria colectiva, memoria que puede, por otra parte, retener estas escenas considerándolas dignas o no de reproducción. El repertorio de escenas 'convalidadas' disponibles varía según el grupo al que el discurso se dirige: una comunidad de convicciones consolidadas y fuertes (una secta religiosa, una escuela filosófica...) posee su propia memoria; pero en general a todo tipo de público –aun cuando sea vasto y heterogéneo– se le puede asociar un conjunto de escenas compartidas. La escena 'convalidada' no es una escenografía, sino un estereotipo descontextualizado, disponible para ser reutilizado y resignificado en otros textos. La escena 'convalidada' puede evocar eventos históricos (cfr. el llamado del General de Gaulle, realizado el 18 de junio de 1940 para pedir a los Franceses que resistieran frente a los Alemanes, que no colaboraran con ellos); o puede evocar también ciertos géneros discursivos.

## 2.4 Algunas dificultades

Luego de la presentación que hasta aquí he desarrollado, surgen algunas cuestiones sobre las que debemos indagar. Una de las primeras preguntas que se impone es si la distinción entre los tres tipos de escenas de enunciación es generalizable a toda la diversidad de comunicaciones verbales y, más específicamente, si la noción de género discursivo es pertinente para las interacciones conversacionales familiares. En este tipo de comunicación verbal, en efecto, las restricciones no son "verticales", no definen a-priori un sistema de lugares socio-discursivos, de roles independientes de los participantes. Estas interacciones son más bien del orden de lo "horizontal": negociadas y constantemente re-negociables. Sus encadenamientos obedecen, además, a reglas locales y no a procesos de estructuración global preestablecidos. En lo que a mí respecta, creo que resulta necesario distinguir dos grandes regímenes de producción verbal: el de los géneros instituidos y el de los géneros conversacionales (Maingueneau 2002). Una escenografía se despliega plenamente solo si puede 'controlar' su propio desarrollo manteniendo una distancia respecto de sus destinatarios. Por el contrario, en una interacción oral, aun cuando se trate de una interacción institucionalizada (un debate político en televisión, por ejemplo), resulta muy difícil para los participantes enunciar a través de sus propias escenografías: están de algún modo sometidos a reaccionar 'en vivo y en directo' frente a situaciones imprevisibles provocadas por los interlocutores. En situaciones de interacción directa, 'viva', resulta por lo tanto muy frecuente que la prioridad esté representada por la gestión de la imagen, de la *face* (Goffman, 1981).

Por otra parte, un gran número de géneros discursivos instituidos y, no solamente los literarios, exigen la colaboración de sus autores para la definición de su escena genérica. Al caracterizar un texto narrativo con la palabra 'novela' en lugar de 'cuento' o 'novela breve', el autor contribuye para definir la escena enunciativa de su texto, pero al hacer esta caracterización se va más allá de la simple elección de una escenografía, el hecho se relaciona con la escena genérica en sí misma. Sucede lo mismo con varias producciones televisivas o radiofónicas que no se limitan a elegir una escenografía para una escena genérica estable: estas producciones determinan parcialmente sus escenas

genéricas. Desde un cierto punto de vista, las interacciones conversacionales y los textos cuyos autores definen parcialmente el estatus pragmático tienen en común el hecho de no imponer con anticipación el marco de la actividad lingüística. Pero, si en el primer caso (el de la conversación) son los participantes los que negocian colectivamente su marco, en el segundo caso, son los autores los que establecen el marco de manera unilateral, lo que los obliga a legitimar el marco por ellos mismos impuesto.

### 3. Síntesis

En el siguiente cuadro propongo un resumen de las diversas distinciones conceptuales que hemos realizado: Tal como puede verse, las nociones de “situación de enunciación” o de “situación de comunicación”, empleadas sin la menor restricción teórica, no tienen mucho valor operativo. La distinción entre el nivel lingüístico y el nivel textual, por un lado y, por otro, la consideración de la diversidad de los tipos y de los géneros discursivos incitan a los analistas del discurso a especificar el tipo de categorías con las que trabajan.

### Bibliografía

Benveniste E. (1966), *Problèmes de linguistique générale*, Paris, Gallimard.

Culioli A. (1990), *Pour une linguistique de l'énonciation*, Gap-Paris, Ophrys.

Goffman E. (1981), *Forms of talk*, Oxford, Basil Blackwell.

Hymes D. (1972), «Models of Interaction of Language and Social Life», in Gumperz J. J. y Hymes D. H. (eds) : *Directions in Sociolinguistics. The ethnography of communication*, New-York, Holt, Rinehart et Winston, 35-71.

Kerbrat-Orecchioni C. (1986), *L'implicite*, Paris, Armand Colin.

Maingueneau D. (1993), *Le contexte de l'œuvre littéraire*, Paris, Dunod.

Maingueneau D. (1998), *Analyser les textes de communication*, Paris, Dunod.

Maingueneau D. (2002), « Analysis of an academic genre », *Discourse studies* vol. 4, 3, 319-342.

[1] NdT: Entenderemos aquí por ‘reflexivo’ una propiedad análoga a la señalada en las gramáticas del español para algunos usos del pronombre se.

[2] NdT: El término ‘habla’ debe ser entendido aquí en el sentido saussureano, por oposición a ‘lengua’.

[3] El trabajo de Culioli fue difundido a través de diversos artículos y hubo que esperar hasta 1999 para que apareciera su primer libro, que es en realidad una recopilación de artículos.

[4] Los trabajos fundacionales de Benveniste sobre la categoría de persona gramatical y sobre los tiempos verbales datan de finales de los años 50 pero se hicieron conocidos recién a partir de 1966 con la publicación de *Problèmes de Linguistique Générale*.

[5] Debemos señalar aquí que Benveniste nunca usó el término ‘enunciador’.